

# El abrazo

*por José Miguel Polo Esteban*

—¿Tienes miedo? —le pregunté.

Entreabrió levemente los párpados y me miró. Muy suavemente hizo un gesto con la cabeza, casi imperceptible. Sí. Estaba afirmando. Tenía miedo. Se estaba muriendo y tenía miedo. Estaba solo.

Su escasa familia estaba reunida en una zona no muy alejada de la clínica, pero no podían acompañarle. Tenían algo más importante que hacer y en ese momento ninguno podía estar junto a él. Después de casi dos años de una enfermedad inexorable, después de tantas horas de sufrimiento juntos, de noches en vela y días de angustia creciente, en el momento final, el más importante, ella no podía acompañarle. Se moría solo. Y tenía miedo.

Agarré su mano y la apreté con fuerza.

—No estás solo —le susurré—. Estate tranquilo, todo va a ir bien.

Abrió los ojos nuevamente y quiso decir algo. No podía, ya no tenía más fuerzas. Quizá decía algo, «estoy bien, me encuentro bien, estoy tranquilo». Aunque respiraba con dificultad, de manera rápida y superficial, no parecía ansioso; sus latidos potentes casi se notaban con mirarle. Luchaba por resistir pero todo le estaba fallando. Sin embargo estaba tranquilo, adormilado pero consciente. Toqué su frente con un paño de lana que tenía sobre la almohada y le froté con suavidad. Parecía dormir. Pero se moría. El color se le iba mientras el sedante entraba gota a gota.

Todo había empezado hacía algo menos de dos años.

—¿Qué te pasa en esa pierna?

Quizá fuera algo de los tendones, o de la rodilla, o algún esfuerzo o quizá algún golpe. Pero no sentía ningún dolor y no le molestaba para nada. Por ello no le dio importancia hasta que unos días más tarde tropezó al saltar un charco y casi cae al suelo. Se lo comentó a su mujer y ella le obligó a visitar al médico. No se conocían y desconfiaba, pero tuvo que aceptar que le explorara y que encargara pruebas y luego más pruebas. Fueron días, semanas, difíciles porque todo se fue complicando mientras él todavía se encontraba bien. Quizá un poco de cansancio al caminar, notaba las piernas más pesadas, pero seguía haciendo su vida normal. Estaba a punto de embarcarse en una ampliación del negocio y no quería renunciar al crédito que casi tenía en las manos. Ampliaría las cuadras, instalaría el ordeño automático, compraría más animales, incluso podría contratar a alguien que le ayudara. Se arriesgó y firmó el crédito pocos días antes de recibir la primera información del especialista. No le dio muchos detalles:

—Padece usted una enfermedad de los nervios y de la médula y va a notar alguna dificultad para hacer esfuerzos y para moverse. Pero es usted joven y seguro que si empeora ocurrirá lentamente.

No comprendió bien la explicación y no llegó a preocuparse. Se encontraba bien y no pensaba que aquello fuera a ir a más e impedirle realizar sus proyectos.

Pero unos meses más tarde el panorama había cambiado. Su agilidad para subir o bajar obstáculos había disminuido y, aún peor, notaba pesado el brazo izquierdo y el pulgar de ese lado no tenía fuerza para apretar el corcho de una botella.

—Es normal, no se preocupe; la enfermedad es así.

Pero no le hablaban del futuro con más claridad y, aunque ya le mosqueaba, siguió adelante con su vida, a pesar de que casi sin darse cuenta, recurría cada día más a su empleado. En esa época convenció a su mujer para tener su primer hijo, ya lo habían hablado antes, y pronto quedó embarazada, a pesar de que su vigor ya no era el de antes.

En los últimos meses, mientras el embarazo progresaba, sus síntomas se agudizaron. En poco tiempo se juntó todo: necesitaba un apoyo para caminar, no era capaz de sujetar un peso por encima de los hombros y, lo que le preocupó aún más, con frecuencia se atragantaba al beber agua y, según le comentaron, su voz era más ronca y no se le entendía bien.

—Tranquilo, es normal, la enfermedad es así —insistía el especialista una vez más. Pero llegó un momento en que ya no podía con trabajos que requirieran un mínimo esfuerzo y casi sin darse cuenta pasaba cada día más tiempo sentado mirando la televisión.

Sin tiempo para hacerse una idea, fueron vendiéndolo todo porque ella, embarazada, tampoco era capaz de ocuparse de nada.

—A veces los síntomas se estabilizan, pero hay casos en que por el contrario se aceleran.

Eso debía de ser lo suyo. Estaba como paralizado y necesitaba ayuda para todo. No podía hablar, ya casi no podía tragar ni la saliva y necesitaba un soporte que le mantuviera el cuello erguido, si no la cabeza se le caía bruscamente.

Sus amigos dejaron de venir, quizá por miedo a unas visitas en las que él sólo callaba porque ya no era capaz de decir nada y ellos debían darle ánimos con comentarios banales, lugares comunes para los que pronto se quedaron sin argumentos y ya no sabían qué decirle. A pesar de ello podía seguirles con la mirada, que siempre parecía expresar una mezcla de angustia y esperanza. Los días se le hacían eternos mientras esperaba presencias que le transmitieran alguna posibilidad. Aunque nadie le había explicado con claridad qué le pasaba realmente y cuál era su futuro, a esas alturas ya era consciente de que pronto no podría ni comer ni respirar. Había llegado por su cuenta a la conclusión de que iba a morir pronto. No sabía por qué ni cómo, pero aquello no tenía ninguna solución.

Y el momento decisivo, el final, ya había llegado. Yo lo sabía. Todos lo sabían. Y él también lo sabía. Se moría y no se me ocurría qué hacer. Porque ya todo estaba hecho y solo cabía esperar. Pero se

moría y se moría solo. Me parecía injusto, porque yo estaba informado de lo que estaba sucediendo en esa otra habitación de la clínica. Sentí que su respiración languidecía y su pulso se atenuaba. Apreté su mano. Y en ese momento no supe qué otra cosa podía hacer y le abracé. Quizá quería que sintiera algo menos su soledad porque él también era consciente de todo lo que estaba ocurriendo. Aunque la sedación no le dejara abrir los ojos, aunque la enfermedad ya no le dejara expresarse. Quizá con mi abrazo quería también transmitirle mi gratitud por todo lo que de él, de ellos, había aprendido. Pero todo duró solo un instante. Porque enseguida noté que ya no respiraba. Apreté el abrazo

—No estás solo —le dije—. Estate tranquilo, todo irá bien.

Y el latido cesó. Me incorporé y comprobé que la palidez ya le invadía. A sus treinta y cuatro años se moría. Entretanto, a no muchos metros de allí, nacía su primer hijo. No llegó a conocerle. Nunca lo vio.